



NÚMERO SUELTO, 15 CÉNTIMOS

LA SENSATIZ

Se hacía esperar demasiado el jarro de agua fría que calmase la ebullición del entusiasmo patriótico. La voz de la sensatez y la cordura, como los indiferentes y los egoístas llaman á la suya, no se había dejado oír; pero nunca es tarde si la dicha es buena.

Ya hay quien más ó menos abiertamente censura a indignación que el pueblo siente por la tardanza en castigar á los riffeños, la justa impaciencia que produce el ver que pasan días y días sin que el gobierno dé muestras de querer satisfacer á la opinión que reclama actos enérgicos en vez de notas diplomáticas.

Los cuerdos, los sensatos encuentran de mal gusto las manifestaciones belicosas y recomiendan la calma y la paciencia.

Acostumbrados á explotar en su provecho la atonía hija de la miseria, en que desde la restauración parece sumido el país, les sorprende desagradablemente verlo conmovido por un sentimiento poderoso y mostrando una voluntad con la que no contaban.

Afortunadamente, aquí donde tanto se ha perdido, queda vivo el amor á la patria, tal vez lo único grande que nos resta, y pretender amenguarlo ó extinguirlo, es empeño tan vergonzoso como difícil de lograr.

Por encima de los intereses de bandería, de los cálculos de la prudencia explotadora y de los sofismas del egoísmo, disfrazado de cordura, está el sentimiento patrio herido y el derecho de España vulnerado.

A los consejos, pues, de la pretendida opinión sensata, que, recordándole que es pobre y débil para meterse en guerreras empresas, intenta que España sufra pacientemente los ultrajes de los moros y renuncie á cumplir su misión en África, contestará y con razón el entusiasmo popular:

«No quiero perder lo único que me queda porque no han podido quitármelo: el patriotismo, ó lo que es igual, la vergüenza.»

Parece mentira que así olvidemos lo que dió siempre el poder á nuestra raza: el aventurarnos en toda clase de empresas, sin preocuparnos del resultado, si en ello iba envuelto algo de nuestra fama ó parte de nuestro honor.

Las páginas más brillantes de nuestra historia estarían en blanco, si los que se lanzaron á empresas temerarias por llenarlas, hubieran escuchado los consejos de la sensatez al uso; no hay pueblo que pueda envanecerse de haber ido más allá que España con menos recursos y probabilidades de éxito.

Hoy mismo, lo único que pudiera hacer que el mundo fijase su vista en nosotros, y se preocupase de este rincón, sería el acometer una de esas empresas tenidas por imposibles,

sorprendiendo á los que se permiten despreciarnos. Mientras no nos arriesguemos á algo muy gordo, dentro ó fuera, continuaremos siendo el ludibrio de las demás naciones.

Estamos de tal manera, que podemos acometerlo todo en la seguridad de perder muy poco: en cambio ¿quién sabe lo que podríamos ganar?

En este mismo asunto de Melilla, sólo deberíamos mirar lo que nos concierne; si por efecto de nuestra actitud las demás naciones se enredaban y la cuestión de África se resolvía, nadie más que nosotros podría salir ganancioso, si sabíamos imponernos. De lo contrario, podría darse el caso de que, en plazo más ó menos largo, esa cuestión se pusiera sobre el tapete y la resolvieran las demás naciones, sin tenernos en cuenta para nada. Y véase por donde la sensatez fuera de lugar, contribuiría á nuestro ruina completa, al par que á nuestro envejecimiento.

Pero no vayamos tan lejos cuando podemos decir que la sensatez y prudencia del gobierno español está permitiendo hoy que los riffeños se atrincheren sin causarles la menor molestia; y que esto ha de costar, sea cualquiera el plan que el gobierno tenga, mucha sangre y muchos esfuerzos. Y si esto es prudencia y sensatez, hay que convenir en que darían mejores resultados la insensatez y la imprudencia.

Los sacrificios que hubiera costado impedir el atrincheramiento de los moros ¿no habrían sido muchísimo más pequeños que los que va á costar el desalojarlos de sus trincheras? Indudablemente. Pues esto prueba que lo prudente y lo sensato es obrar con rapidez y energía cuando se presentan conflictos de esta índole.

En fin, allá veremos. Poco puede esperarse de ministros de la Guerra como López Domínguez, y de Estado como Moret; pero no queremos creer todavía que dejen de cumplir con el deber que les imponen la tradición, los deseos y la honra de España.

HIDROFOBIA NEA

¿Cómo están los neos! Si no fuera por lo triste del pretexto, habría para desternillarse de risa.

Se espelezuan, mayan, ladran, ahullan, rugen, mujen, rebuznan, patean, coccen, cornean, muerden, embisten, y hacen, en fin, cuanto sus congéneres acostumbran cuando están furiosos.

¿Pero es que realmente lo están? No. Es que el oficio que han tomado les obliga á aparentar que se indignan. Si hay algo mas terrible que la indignación verdadera, es la fingida.

La solemnidad (fijense bien en que digo la

solemnidad, palabra que creían ellos monopolizar para las ceremonias religiosas), la solemnidad, repito, del entierro de Chies, la gente de pro que á él fué, lo numeroso del cortejo (no fué mayor el de ningún arzobispo), las muchas y elegantes coronas, todo eso, como dije en el número anterior, los sacó de quicio; pero ¡ay! que todo eso no era nada para lo que les esperaba por permisión de la Providencia, sin cuya voluntad no se mueve la hoja del árbol ni se oye el relincho del neo. (Me rectifico: el relincho del neo se oiría, aun contra la voluntad de Dios: la inteligencia puede hacer que varíe de costumbres el ser racional; los instintos de los irracionales no hay fuerza humana ni divina que los tuerza.)

No, no sabían que les esperaba esto, ocurrido en la sesión del ayuntamiento del día 20 último.

Después de dedicar el alcalde monárquico sentidas frases á la memoria de Chies, aprobó el Ayuntamiento:

1.º Que se acordase el sentimiento de la Corporación por el fallecimiento del señor Chies.

2.º Que el Ayuntamiento cediese terrenos y costeara un panteón en el cementerio civil á la memoria de tan querido y sabio compañero.

Y 3.º Que pasase á informe de la comisión correspondiente la proposición de que la calle de las Beatas, en la que murió el Sr. Chies, lleve este nombre en adelante.

Las tres partes de la proposición aprobada, sobre todo la última, han hecho llegar al delirio el furor fingido de los neos.

«¿Cómo! ¿Llamarse una calle en Madrid calle de Chies, y por añadidura ser ésta la de las Beatas? ¡Cielos! ¡Estamos al borde del abismo! ¡El mundo se derrumba! ¡El universo se desquicia! ¡Llegó el reinado del Antecristo! ¡Triunfó Satanás!

¿Que va á ser de nosotros y de nuestros hijos y de nuestros nietos, si se pone el nombre de Chies á la calle en que murió. ¡Ah! ¡Va á encarecer por esto la cebada, va á secarse la alfalfa! ¡Oh, desgracia! ¡Oh, abominación!

Así, poco más ó menos, hablan y piensan los neos, ensordeciendo el aire con sus berridos, y olvidándose por completo de lo que nunca constituyó su especialidad: la lógica y el sentido común. Para demostrarlo, basta leer este argumento de *La Unión*:

«¿Con qué derecho el ayuntamiento de Madrid va á sacar del bolsillo de los contribuyentes católicos dinero para construir un mausoleo á un gran enemigo de las creencias católicas?»

Con el mismo derecho que nos saca á los no católicos dinero para procesiones y otras fiestas católicas, amen del que el Estado nos hace pagar para abonar sus sueldos á curas y

sacristanes, construir templos, etc., etc. ¡Poco que habrá pagado Chies, como cada hijo de vecino, para que la Iglesia viva! Por lo demás, conste que estoy dispuesto á apoyar á *La Unión* en la campaña que emprenda para que sólo paguen los servicios religiosos aquellos que los utilicen. ¿A qué no la emprende? Cuente con diez ó doce millones de votos que le llevaré, por lo menos, en favor de esa justa, equitativa y necesaria reforma.

El que también viene graciosamente des- peluznante es *El Siglo Futuro*. ¿Y cómo no? Se ve tachado de poco ortodoxo y necesita echar el resto cuando se presentan casos como este. Véase la clase:

«Creemos, entendemos y proclamamos que la memoria de Chies es, sin distingos de ningún género, maldita para todo católico, para todo hijo que sienta en el alma las ofensas que en vida y muerte hizo á su madre la Iglesia católica aquel asesino de almas y ladrón de bienes espirituales que se llamó Ramón Chies.»

¡Pero no advierte *El Siglo* que si Chies hubiera asesinado almas (valga la metáfora), hubiera sido porque la *polichin* espiritual no cumplía con su deber? Para asesinatos, los infames y cobardes de Olot, Cuenca y tantos otros puntos, cometidos por los que entonces defendía *El Siglo*.

Respecto á lo de los robos, niego que Chies robase bienes espirituales. ¿Para qué los quería si no habían de servirle de nada, y además andan tan baratos, que con rezar una oración cualquiera se alcanzan miles de años de indulgencia? De echarse á robar, hubiera imitado á esos mismos secuaces de *El Siglo* en la última guerra, ó á muchos católicos que todos conocemos, y hubiera robado dinero en abundancia para vivir bien, no dejar á su familia en el triste estado que la deja, y poder, si á última hora le hubiera dado esa chifladura, solazarse con la idea de que varias docenas de curas irían desgañitándose en su entierro. Con cuatro ó seis mil reales lo hubieran abrumado á latinajos.

Eso hubiera sido robar con provecho y honra; pero asesinar almas y robar bienes espirituales? Valiente gana de perder el tiempo. Ese mismo neo que escribe tales majaderías, puesto á elegir entre cien millones de indulgencias y un billete de cinco duros, ¿vacilaría ni un solo instante para guardarse el último? Se indignaría seguramente si alguien lo supiera tan tonto.

Por lo ligeramente apuntado, comprenderán mis lectores cómo andan de alborotados los neos, en apariencia, por de contado, pues en el fondo, tanto se les da á ellos de lo ocurrido con el entierro de Chies, como á mí de los milares de misas que se han dicho en el orbe católico esta mañana, y ayer, y en lo que va de año, y en lo que va de siglo, y en lo que va de era cristiana.

Lo que hay es que todo esto se relaciona con la manera de vivir de cada uno, con el vil garbancete, y no es cosa de que se pierda sin defenderlo á toda costa. Por eso la exclamación de *La Unionista* es todo un poema: «¿Vamos á pagar los católicos el monumento á Chies?»

¡Ah, neos, ahí os duele siempre; en la bolsa; os conozco bien!

LA CARICATURA

Es la estación de la siega.
Mientras la gente labriega
pasa sudores atroces
y con sus cortantes hoces
la dorada mies doblega;

Mientras soporta el calor
que da un sol abrasador
que aturde, enerva y embota
sacándoles gota á gota
casi ríos de sudor;

Bajo un roble corpulento
cuyas hojas mueve el viento
ó mece brisa ligera,
pescan la gran filoxera

tres fraílucos del convento.

Y del vinillo el vapor
traza rojizo color
en sus macizos semblantes,
y narra cuentos picantes
un fraile chusco al prior.

En tanto el lego (no lego
en echar piadoso pego)
duerme tranquilo la mona,
entregando su persona
á seráfico sosiego.

A tan divertida gente,
¿quién le va con el siguiente
precepto de Dios á Adán:
«Te debes ganar el pan
con el sudor de tu frente?»

PARA LAS OCASIONES SON LOS AMIGOS

Bien dicen los que dicen que en este pueblo falta la fe. Si no ¿cómo era posible que se preocupase de cañones y fusiles para combatir á los moros, pudiendo dispararlea armas espirituales y contar con la ayuda de santos como Santiago, que en más de una ocaso han peleado en favor nuestro.

Si yo fuera presidente del Consejo de ministros, pararía una circular á los obispos, concebida en los términos siguientes:

«La religión cristiana es la única verdadera, y á título de representantes de ella paga España á los subordinados de V. S. I.

Estos deben tener allá arriba gran influencia, que están en el caso de utilizar ahora para confundir á los secuaces de la falsa religión de Mahoma.

Interpóngala desde luego, para que esos partidarios del error nada puedan contra los cristianos; y bien sea porque la luz divina penetre en sus corazones, bien porque sus fusiles se disparen por la culata y maten al que los lleve, ó bien por cualquiera de esos mil medios de que la Providencia dispone para favorecer á los suyos, á ver si los moros resultan impotentes contra nosotros.

Si después de pedir á Dios que nos ampare contra los infieles, nada pudieran sacar en limpio, señal cierta sería de que curas y frailes carecen de influencia y que por lo tanto para nada nos sirven.

Y en tal caso, dispondrá usted, señor obispo, que en el término de ocho días se reúnan todos los de su diócesis y con usted se trasladen á Africa.

Una vez allí, se colocarán en la vanguardia de nuestro ejército, y con armas materiales ó espirituales, á su elección, combatirán á la chusma impía. Si triunfan, habrán conservado á Dios las vidas de los soldados cristianos; y si son derrotados, alcanzarán la palma del martirio, y, por consecuencia, la salvación eterna que á todos les deseo.

De esta manera sencillísima veríamos si realmente es cierto que tienen influencia en el cielo, como aseguran, y en caso de no tenerlas si se dignan demostrarnos prácticamente que, con efecto, su misión en la tierra es sacrificar por sus hermanos.

Porque, si después de pagar tanto por mantenerlos, en la creencia de que no habrá de faltarnos nunca la protección divina, resultase que los moros nos zurraban por la sencilla razón de pelear ciento con uno, como ocurrió el día 2 del actual, en el campo de Melilla, francamente, me costaría algún trabajo seguir reconociendo que es una ganga el profesar la única religión verdadera.

LA LUZ DE LA VERDAD

Censuro el error donde lo encuentro y aplando la verdad donde la hallo.

En el número anterior, vapuleé á *El Movimiento Católico* por unos conceptos torpes; en este voy á aplaudirle por un acto de justicia. ¡Si seré yo imparcial!

Dice en su número del lunes:

«No se obra constantemente como se piensa, ni se pía a como se obra. Por eso hay cristianos de mucha fe que son grandísimos pecadores y que cometen acciones deshonrosas, mientras hay descreídos honrados y naturalmente virtuosos.»

Esto es precisamente lo que vengo diciendo toda mi vida: la religión no influye para nada en la moral; y si á juzgar fuera por las acciones de las gentes religiosas, antes bien parece enemiga de ella.

En cambio ¿qué de hombres sin religión que pueden pasar por modelos en todo! ¿Qué de calumniados, más nobles, más austeros, más grandes que sus religiosos calumniadores!

Esa afirmación honra á *El Movimiento Católico*, y parece mentira que quien tan honrada y noblemente se ha expresado en esta ocasión, pueda en otras olvidarse de sí mismo hasta el punto que lo hace.

Y su testimonio tiene tanta más autoridad, cuanto que, católico á macha marteillo y siempre entre católicos, sabe mejor que nadie los puntos que calzan en moralidad. ¿Qué cosas no habrá visto y cuáles no sabrá, para decir, con el hermoso convencimiento y la noble franqueza que lo hace, que hay cristianos de mucha fe que son grandísimos pecadores y cometen acciones deshonrosas!

Por ver eso todos los días, por estar persuadido de que la religión no influye en las acciones humanas sino en cuanto se acomoda al interés particular, es por lo que combato las religiones todas, que atan, esclavizan y embrutece al hombre. Y por esto me apresuro á felicitar á *El Movimiento Católico*, que no vincula en la religión la honradez ni la virtud.

¡Qué grande y avasalladora es la verdad, y cómo á la larga ó á la corta se impone á los mismos que por educación, hábito, interés ó rutina han venido siempre rindiendo culto á la mentira!

Esta consideración fortalece mi espíritu, y lo hace marchar sin fatigarse por el áspero sendero que conduce á la pura y cristalina fuente del Bien, donde humedecen sus labios todos los que buscan la verdad sin cálculos de mercader ni fanatismos de sectario.

EL PEOR VECINO

Hay una buñolería
en la casa donde habito:
ni de noche ni de día
cesa allí la algarabía
ni el olor á aceite frito.

Trabaja en el entresuelo
una sirviente inhumana
que á Cristo le enciende el pelo
cantando con desconsuelo
El Inno de la Africana.

Existe en el principal
cierto colegio infernal
donde cincuenta chiquillos
promueven un ruido igual
al de una olla de grillos.

En el segundo, obrador
de sastras, que es un horror:
entre coser y cantar
y reir y alborotar
se les va el tiempo mejor.

En los cuartos interiores
habitan varios señores
de profesiones sencillas;
uno, forja campanillas,
otro, elabora tambores,
otro ejerce de gaitero
en la Fuente de la Teja,
y el insigne caballero
ni un solo momento deja
el chisme de roble y cuero.

Todo eso puedo aguantar
y sufrir pacientemente,
mas no puedo tolerar
á mi vecino de enfrente,
que es un tipejo ejemplar.

Es el tal un ciudadano,
mejor dicho, un monigote,
muy moral y muy cristiano,
sin tres pelos de bigote
con que entretener la mano.

Habla con tono de homilia
(es forzado el consonante);
y espera, que Dios mediante,
de los padres de familia
sera socio militante.

Entre tanto se propasa
á fiagar de casa en casa,
qué se come, qué se guisa,
si usa el vecino camisa
ó si sin ella se pasa;

si tiene fe y devoción,
si reza el santo rosario,
si tiene limpio el fogón
y los kilos que á diario
suele gastar de carbón.

Da lecciones de doctrina



J. H. Romillo, Fuentes II, MADRID.

GANARÁS EL PAN CON EL SUDOR DE TU FRENTE....



á los vecinos sencillos,
y sin andarse en pelillos
se les cuela en la cocina
ó los coje en calzoncillos.

«Vecino. Así va usted mal,
ese es un traje salvaje,
y ofende con ese traje
á la cristiana moral
causándole grave ultraje.»

«Vecino, huele á tocino.
¡Y en día tan sacrosanto
comer el jugo porcino!
¡Qué desolación! ¡Qué espanto!
¡Ay qué pecado, vecino!

Como en mi casa se plante
ese tipo repugnante,
no es zurra, ¡Santa Cecilia!
la que lleva ese aspirante
¡á padre de esa familia!

JOAQUIN G. LOSADA

UN IMPUESTO PRODUCTIVO

El ayuntamiento de Santa Ana (República del Salvador) ha tenido una idea feliz; la de establecer un impuesto sobre el toque de campanas.

Al principio el impuesto se cobraba parcialmente, esto es, tantos repiques, tantos pesos ó tantos centavos, y los curas, por razón de economía, repicaban lo menos posible.

El vecindario vivía como en Janja, dormía la siesta tranquilamente sin campaneos que le atormentaran los tímpanos, los enfermos encontraban reposo, los nervios tranquilidad. Pero todo lo bueno dura poco. Acudieron los curas al alcalde y este tuvo la debilidad de concederles que en vez de pagar un impuesto por cada repique pagasen en globo todos los del día.

Desde entonces ¡bienaventurados los sordos! Para desquitarse del pago si antes tocaban de hora en hora, ahora lo hacen de minuto en minuto y todo el día se pasan con las cuerdas en la mano y aquellas torres no cesan de alborotar un momento y aquellos campanarios aturden incesantemente á los pobres santanecos.

Es verdad que los campaneadores pagan su tributo; pero ¡repuñales! Se les podía dar dinero encima sólo por que callaran.

Parece ser que el alcalde, arrepentido de su condescendencia, piensa restablecer el impuesto en su primitiva forma.

Así sea, para bien de sus administrados.

Y ahora que hablo de la determinación del ayuntamiento de Santa Ana, se me ocurre pensar lo que produciría al de Madrid un impuesto semejante.

A ojo de buen cubero, ó de buen cristiano, porque de iglesias se trata, puede calcularse que hay en la corte entre conventos, parroquias, iglesias y oratorios públicos unos doscientos templos. En cada uno de ellos se dicen por término medio veinticinco misas diarias, y siendo tres los toques que se dan para cada una, resulta que cada templo molesta á sus vecinos setenta y cinco veces al día.

Aunque sólo se estableciera el módico impuesto de una peseta por toque, pagarían las iglesias cerca de quince mil pesetas diarias.

Esto sin contar los jaleos extraordinarios como novenas, triduos, rosarios, etc., que producirían una tercera parte más.

Y una de dos; ó se aliviaba el exhausto tesoro municipal, ó los curas se abstendrían de campear, dejándonos en paz á los vecinos.

De todos modos se salía ganando. El asunto merece que se estudie y se plantee, porque es mucho el abuso que se hace en Madrid de las campanas.

¡Ojalá fuesen como las campanillas del Congreso, que se rompen al menor repique, como si fuesen de vidrio ó de barro!

RIPIOS PATRIÓTICOS

No bastaba que los rifeños hubieran desconocido los derechos de España, ultrajado su honor, derramado la sangre de sus valerosos soldados y profanado brutalmente sus cadáveres.

Tras de aquellas profanaciones han venido otras, las perpetradas por varios chicos, poetas de ocasión, cuyos sentimientos patrióticos se han desbordado en renglones cortos más ó menos justiciables.

Tengo á la vista varios de esos desahogos bélico-poéticos más mortíferos algunos de ellos que la metralla lanzada á los moros por los cañones de Melilla.

¿Que exajero? Véase la clase y á ver si hay moro ni cristiano que resista estos disparos.

Dice un joven y ya rimador:

«GUERRA AL MORO

(SENETO)

Del cañón el estrépito se escucha.

Vámonos á Melilla y Río de Oro
y que no quede allí ni un solo moro
con ganas de ponerse la babucha.

¡Guerra al moro traidor, porque es muy trucha
y lo demanda el español decoro;
derramemos su sangre y su tesoro,
hagámosle que saque de a hucha.

¡Sus, y á los moros! Vamos con presteza;
suene el rugido del león hispano;
caiga del marroquí la infiel cabeza,
y no quede en España un ciudadano
que coma pan, ya miga ó ya corteza,
hasta vengar ultraje tan insano.»

Otros se arrancan por metros más cortos y disparan proyectiles de menor alcance, pero de iguales perniciosos resultados.

Véase el calibre:

«Muera el infiel marroquí
que á nuestra España ha ultrajado,
y á un mismo tiempo ha faltado
á mi patria, á mi Dios y á mí.
Desde el punto en que nací
siempre al moro he aborrecido;
y ahora que audaz fementido
nuestro patrio honor ultraja...
¡Que me den una navaja,
venga un moro, y lo divido!»

¡Caballeros! Santo y noble es el amor á la patria, sentimiento profundamente arraigado en el corazón de los españoles; pero no vale escudarse con él para cometer crímenes de lesa literatura.

Se comprende que se empuñe el fusil para defender el decoro nacional; pero no que se agarre la pluma para asestar puñaladas traperas al sentido común.

¿Qué culpa tiene la poesía española de los desmanes que han cometido y cometen los rifeños?

Ninguna absolutamente.

ABNEGACIÓN FRAILUNA

«¡Qué vida la del trapense!

La soledad, el silencio
que sólo á momentos turba
el triste *¡morir habemus!*
Ganar con sus propias manos
el necesario sustento,
abriendo profundos surcos
ó roturando terrenos.

Comida frugal y escasa,
pobre y durísimo lecho,
sin probar nunca la carne,
y harto de trabajo y rezos.

¡Desdichado cenobita!
Debiera servir de ejemplo
á más de cuatro escritores
que, malgastando su tiempo,
y mojado infame pluma
no en tinta, sino en veneno,
dicen groseras calumnias
de frailes y monasterios.»

Tal vez noches pasadas
en un periódico neo
y héteme al siguiente día
cerca de un convento de esos.

Lo menos media docena
cerca de Madrid tenemos,
y á seis trapenses por barba,
toca cada madrileño.

L'egué, vi... vencer no pude
porque me vencieron ellos.

El leguito *sacristorun*,
me sacó unos cuantos perros,
(sin duda porque la regla
no hace mudos á los legos
ni les sirve de mordaza
para postular dinero).

¡Y qué gordo estaba el hombre!

¡y qué rollizo y qué fresco!
Si así engordan las legumbres,
á legumbres mesometo.

Allá por la huerta andaban
unos cuantos reverendos
provistos de enormes picos
y de agrícolas aperos.

Pero trabajar... Las gentes
que suelen tener á sueldo;
que lo que es ellos, maldito
si se quebrantan los huesos.

Porque es lo que se decían
dos robustos compañeros:
—*Morir habemus*, hermano.

—Hermano, morir tenemos
Y añadían expresándose

en su mímica de dedos.

—¡Puesto que hemos de morir,
anda y que trabajen esos!

RECORTES

Hace dos años publiqué un libro que se ha vendido muy poco, titulado *Juan Lanas*.

No conformándome con ese fracaso, merecido ó no, publicaré en EL MOTIN algunos de sus artículos. El siguiente forma parte del libro.

HONRADEZ

Descúbrete, *Juan*, ante ese hombre y aprende á ser honrado.

En su vida pidió nada ni tampoco dió; no saltaría la cerca de la viña de un vecino para tomar un racimo, pero descerrajaría tranquilamente un tiro al que sustrajese una uva de la suya; no se inmiscuye en los negocios ajenos por evitarse el tener que prestar algún servicio; pero va á misa y cumple religiosamente sus tratos y contratos al céntimo, respeta la vida y la bolsa de sus conciudadanos, y la sociedad nada tiene que temer de él.

¿Qué importa, después de esto, que desprecie á su mujer, escatime el pan á sus hijos, explote á todo el que pueda, especule con la desgracia, si todo lo hace en secreto, sin escándalo, y, por lo tanto, sin faltar á la ley escrita?

Tal vez trasponga los límites de la ley moral, y más aun los de la divina; quizás su conciencia sea un abismo que se trague los sentimientos más puros; acaso, aun cuando las palabras virtud y santidad no se le caen de los labios, no crea en el diablo ni en Dios; pero no falta á la ley escrita, y por fuerza hay que convenir en que es un hombre honrado.

En las horas que le dejan libres los negocios usurarios á que se dedica, corre al templo, se postra dolante de un santo, besa la tierra humildemente, se da golpes acompasados en el pecho, y ¿quién será el menguado que ose dudar de él?

Todas las noches, parodiando al emperador romano, podría decir que había perdido aquel día por no haber hecho ningún beneficio; las lágrimas derramadas por su causa colmarían muchas veces el vaso en que bebe; mas nadie puede echarle en cara una incorrección en el terreno de la legalidad.

Es un virtuoso al estilo de Catón, aquel «que prestaba á grandes réditos por semana, prostituía sus esclavas por dinero, seducía á las jóvenes, alquilaba su mujer á Hortensius, se emborrachaba por lo regular todas las noches, y nunca terminaba un discurso sin pedir alguna ejecución sangrienta»; mas nadie tiene derecho á censurarle.

En cambio á ti, *Juan*, que te pasas la vida trabajando para andar siempre hambriento y desnudo, se te tacha de holgazán el día que no encuentras dónde ganar un jornal, de vicioso cuando bebes una copa de vino, y de criminal cuando pronuncias cualquier palabra subversiva contra el orden social existente.

Y es que no quieres creerte cuando te digo que la honradez consiste en no dar que hacer á la justicia, no pedir ni medio kilo de patatas al fiado, andar bien vestido y frecuentar los templos.

JOSE NAKENS

OIDOS SORDOS

Desde hace tiempo vienen preguntando al arzobispo de Granada los periódicos de aquella capital, por dónde andan unos cuantos miles de duros (setenta y cinco mil, según parece) que dicen se han extraviado de los fondos del seminario.

S. E. calla, no sé si por que el silencio es la virtud de los prudentes, ó por que no han llegado á sus oídos semejantes preguntas.

No sería extraño que ocurriera este último. ¡Está tan preocupado con las atenciones de su vasta archidiócesis! Y luego ¡le abstraen tanto los cuidados de los adolescentes á quienes protege en su palacio dándoles educación, carrera, etc., á cambio de la satisfacción interior (tecnicismo de las ordenanzas) de la satisfacción interior, decía, que le dan ellos, agradeciendo y aprovechando sus múltiples beneficios!

Ya es tiempo de que dé una tregua á su paternal amor á la juventud, y de mienta ó conteste á tan insidiosas preguntas.

Es más; pueden conciliarse ambas cosas: seguir protegiendo á esos muchachos activos y estudiosos, y demostrar que esos cuartos están donde deben estar: en la caja del seminario.

Y si de paso demuestra que los numerosos cura-

tos vacantes que hay en la diócesis no gravan al Estado, que nadie cobra servicios que no se pres-
tan, entonces ¡oh! entonces esos preguntones malé-
volos se avergonzarían de sus juicios temerarios,
tal vez se arrancarían la lengua, romperían la plu-
ma y dejarían al amante pastor entregarse tranqui-
lamente á sus honestas y sencillas aficiones.

DISPAROS

Dicen que un tal Falguero, que fué detenido en
la Coruña á donde había ido á reclutar panaderos,
tiene tahona en Gibraltar y fabrica grandes canti-
dades de galleta y de pan con destino á los moros.

A primera vista es censurable y antipatriótica la
conducta de ese proveedor de los riffeños, pero tal
vez el móvil de ella sea vengar los ultrajes inferidos
por los moros á España, por si hace con sus parro-
quianos lo que sus colegas de por acá: robarles en
el peso y darles cal por harina.

Una joven, que en el tentro Principal de Zara-
goza sale de comparsa en *La espada de honor*, hi-
rió en el muslo con la bayoneta á un muchacho de
diez y ocho años.

Que lástima de chiquilla,
á ser comparsa sujeta.
Lo que ella haría en Melilla
cargando á la bayoneta.

La prensa toda y la opinión unánime, piden que
se castigue severamente á esos canallas, que, lla-
mandose españoles, surten de armas á los riffeños.

Más alegría que una victoria sobre los moros cau-
saría en las gentes honradas el saber que estos dis-
cípulos de Judas habían muerto como su maestro,
ahorcados.

Para honrar á los rusos
adoptan los franceses nuevos usos,
hasta el punto de que un recién casado,
al salir de la iglesia, entusiasmado,
obligó á su mujer á que besara
á un joven moscovita su plena cara.
Quien de tal modo el entusiasmo siente
se expone á que le salga por la frente.

Al embarcarse las tropas que salieron de Barce-
lona con dirección á Melilla, una cristiana se entre-
tuvo en repartirles escapularios.

Pues ya está resuelta la cuestión marroquí: con
eso no hacen falta fusiles Mauser.

Ahora resulta que el cañoneo contra las trin-
cheras moras, único acto de energía verificado des-
de el día 2 en Melilla, se debe á la iniciativa del
comandante del *Conde de Venadito*.

Pues ya estoy oyendo el grito
lanzado por la cordura:
«Prohíbese al *Venadito*
los ímpetus de un *Miura*.»

Un hombre de sesenta años pretendió hace pocos
días llevarse á un niño echándole al cuello un lazo
corredizo.

El autor de la hazaña resultó ser el padre de la
criatura martirizada.

¡Qué conflicto para la sociedad perseguidora de la
Bella Chiquita si al sujeto en cuestión se le hubiese
ocurrido formar parte de aquella! Porque el prin-
cipal requisito, el de ser padre de familia, no po-
dría negárselo.

Según un periódico, se ha dicho en la casa de la
Villa que el Alcalde Sr. Angulo había rogado á los
tenientes de alcalde que en lo sucesivo *procuren*
disminuir las visitas de inspección á las tahonas,
con objeto de tener á los industriales de dicho gre-
mio propicios para cualquiera eventualidad cer-
cana.

Mas claro: que ya sin coto,
señor alcalde primero,
robar puede el tahonero
que dé al gobierno su voto.

Tan aflictiva es la situación del Hospital de Va-
lencia, que sin el auxilio de personas caritativas
que han enviado algunos panecillos, varios enfer-
mos se hubieran quedado sin comer.

El director del establecimiento ha impetrado el
auxilio del arzobispo.

Pero por si acaso, se organizó una corrida bené-
fica en que estoquearon Bebe Chico y Conejito.

«Fíate en la gente de tonsura, pero recurre á la
de coleta,» parece que quiere decir esto.

Tres mil novecientas sesenta pesetas adeuda el
Ayuntamiento á los bomberos de Madrid.

—¡Bah! ¿Qué les importa á los concejales el que
los bomberos coman ó no? Así como así, los consu-
mos, la limpieza, las expropiaciones y demás asun-
tos productivos son fincas incombustibles.

El órgano de Chapa anuncia la venta *Manual*
del voluntario carlista.

La ocasión no puede ser mas oportuna. Si en él
se enseña la manera de guerrear de Jergón y el
cura Santa Cruz, los riffeños debe agotar la edi-
ción.

MANOJO DE FLORES MISTICAS

Los ecónomos y párrocos,
súbditos del arzobispo
de Granada, están los pobres
quemados y casi fritos.
A cada lunes y martes
los cambia de domicilio,
y de curato en curato
andan en viajes continuos.
Y tienen que hacer mudanzas
y rascarse los bolsillos
para transportar sus muebles,
sus sirvientas y los chicos.
Item. En cada parroquia
han de sacar nuevo título,
que pagan al diocesano
con treinta reales y pico.
Hay presbítero que lleva
veinte traslados seguidos
y dice lleno de rabia
mordiéndose los nudillos:
«¡De lo que saco de misas
no me queda un perro chico!
¡Lo que no gasto en mudanzas
se lo lleva el arzobispo!»

Los hermanucos de babero, establecidos en la es-
cuela de la calle de Bravo Murillo, tienen terminan-
tamente prohibidos los castigos materiales á los ni-
ños que frecuentan sus clases, y á pesar de eso, días
pasados un discípulo suyo se presentó en su casa
con la cara terriblemente inflamada.

El chico decía que aquello se lo había producido
uno de los *freres* á fuerza de bofetadas. ¡Habría em-
busterazo! Probablemente se las habría dado él
mismo para desacreditar los suaves medios de ense-
ñanza que privan en aquella santa casa.

Por sí ó por no, los padres deben abstenerse de
enviar allí sus hijos. Así se evita que calumnien
luego á tan bondadosos señores.

En Vigo existe un ministro del Señor, llamado
D. Maximino, que habita en la bajada de la fuente.

Bueno. Pues ese señor se ha abonado á armarles
un escándalo á sus vecinos todas las tardes, y antes
faltará el sol en el firmamento que la inevitable
bronca de D. Maximino.

¡Qué demonio! Me gustan los curas metódicos y
consecuentes como ese, que tienen costumbres fijas
é invariables.

Dice su misa, come, se fuma un cigarro, arma su
escandalera, y se acuesta satisfecho de haber cum-
plido sus deberes.

Así se tiene la conciencia tranquila.

—¡De prisita, señor cura,
que se muere la muchacha!—
Y allá, con el santo aceite
va el párroco de Luzaga.
Al comenzar la faena,
—¿qué es esto?—el *pater* exclama—
pues la que juzgó espirante
ve que en sí dos vidas guarda,
y en vez de dejar el mundo,
un chiquillo al mundo larga.
Mas como, si no el entierro,
un bautizo se prepara,
se marcha diciendo el cura:
—¡Lo cobraremos, y pata!

Estando en la catedral de Tortosa el dean, se vió
acometido por una devota que al parecer quería ha-
cerle algunos dibujos á uña en la respetable faz.

El *pater* se refugió en la sacristía proseguido en
su retirada por los demás fieles.

Andese con tiento con las beatas, que las hay te-
rribles, y alguna será capaz de sacarle los ojos.

Y sería triste cosa,
que sentiría por cierto,
que una beata fogosa
nos dejase ciego ó tuerto
al buen dean de Tortosa.

El otro día estaba de buen humor un párroco de
junto á Alcolea (Almería) y tuvo la ocurrencia de
pesarse.

Nueve arrobas y once libras marcó la báscula
bajo el peso de su humanidad. ¡Valiente represen-
tante de una religión puramente espiritual!

Y aquí de las matemáticas sublimes: Conocido
el peso de ese presbítero, calcular su fuerza de
arrastre.

Pues se le ocurre al más bolo,
que ese presbítero obeso
lo menos arrastra él so'o
el quintuplo de su peso.

¡Oh tú el de Luarda
Raimundo Camino!
Por ese que *sigue*
mal marchas, amigo.
Salir de la iglesia,
pescar á los chicos,
soltarles dos lapos,
diez ó veinticinco,
no es precisamente
(ó yo no distingo)
el *sine te parvulos*
que decía Cristo.

¿Quiénes son esas individuos que van gritando
por las calles de Monovar en actitud casi tumultua-
ria? ¿Son verduleras amotinadas?

—No, señor; son beatas.

—¿Y contra quién gritan?

—Contra el mismísimo cura, porque ha traslada-
do una imagen.

—Bien por las ciudadanas de escapulario al cue-
llo. Este espectáculo me regocija. ¡Hasta las mayo-
res enemigas de El Motin se amotinan! Esto va en-
trando en caja.

EPIGRAMA

El párroco de Vidriales,
hombre inculto como hay pocos,
que merece dos ramales,
leyó *Noticias locales*,
y dijo: ¡Cosas de locos!

Los padres jesuitas Paz y Zavala están dando en
Luarda unos ejercicios para mujeres solas, á los que
no permiten que asista ningún hombre.

Y ellos ¿por qué asisten? ¿Es que no se conside-
ran hombres? Ya nos sacarán de dudas las asisten-
tes á esos ejercicios.

Por sus frutos se conoce el arbol, de modo que
esperemos.

Salieron del rosario unos mozos de la parroquia
de Valladolid (Pontevedra).

—¿Y se irían á sus casas santamente?

—¡Quí! Se pusieron á disparar tiros, y uno de
éstos...

—Sí, alcanzó á alguno y lo dejó muerto, ¿no es
así?

—Precisamente; pero no pretenda usted patente
de adivino. Todos sabemos cómo acaban siempre
esos piadosos pero bárbaros regocijos.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID	Provincia	PROVINCIA	Pesetas
Mes.....	1	Mes.....	1
Trimestre.....	2 50	Tres meses.....	2 50
Semestre.....	5	Ses.....	5
Año.....	10	Año.....	10
		Extranjero y Ultramar.....	3 psoe

CORRESPONSALES

25 números de El Motin, 2,50 pesetas.

NUMERO DE "EL MOTIN" 15 CENTIMOS

Administración, Fuencarral, 119, primero.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se
servirán si al pedido no acompaña su importe.

Los libreros y comisionados recibirán por las suscrip-
ciones que hagan el 10 por 100.

La correspondencia al administrador del periódico.

CENTROS DE SUSCRIPCION

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de
San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín
Puerta del Sol, 6.

En la Habana, Galería literaria, calle del Obispo, 48.

Número atrasado, 25 céntimos.

ALMANAQUE: una peseta

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.